

SANGRE SUDOR Y MOTOS

EL CÉLEBRE FOTÓGRAFO NORTEAMERICANO DAN WINTERS HA INMORTALIZADO LA COLECCIÓN DE CHALECOS DE BANDAS DE MOTORISTAS DE JEFF DECKER EN EL LIBRO 'HELL'S UNION', DOCUMENTANDO ASÍ ESTA ICONOGRAFÍA POP QUE YA FORMA INEVITABLEMENTE PARTE DEL IMAGINARIO COLECTIVO DEL SIGLO XX.



La estética de este club es la favorita de Winters y Decker, por eso han tomado prestado su nombre para titular su libro.



Los colores de una banda hay que ganárselos, pero también se pierden si se incumplen las reglas...

Corría el año 1954 cuando Marlon Brando aparecía en la gran pantalla dando vida al carismático líder de un grupo de rudos y alborotadores motoristas que llegaban a un pequeño pueblo californiano agitando las apacibles vidas de sus lugareños. La película, titulada *Salvaje*, estaba inspirada en los disturbios acontecidos en 1947 en la localidad rural de Hollister (California): durante una concentración de aficionados a las dos ruedas, un sector de los participantes se emborrachó y provocó graves disturbios. La prensa de la época, sabedora de que un succulento cóctel de violencia, drogas y sexo provocaría un aumento del número de lectores, puso su maquinaria sensacionalista a funcionar a pleno rendimiento magnificando el asunto hasta límites insospechados.

La sociedad empezaba así a hacerse eco de un fenómeno que iría creciendo en las décadas siguientes: las bandas de motoristas que invadían las carreteras de todo el país, de costa a costa, dejando a su paso un reguero de sangre, violaciones y caos. Comenzaba a gestarse la gran leyenda negra que acompañaría a estos grupos hasta el día de hoy. “La gran amenaza americana” –como bautizaron algunos medios a estos clubes– adquiriría una fama descomunal hasta en el rincón más aislado de EE UU, donde sus habitantes esperaban armados hasta los dientes el día en que les diera por aparecer por allí a aquel hatajo de indeseables.

Para encontrar los orígenes de estos grupos debemos retroceder un par de años antes del episodio de Hollister, concretamente hasta el final de la II Guerra Mundial. Fue entonces cuando cientos de veteranos regresaron al hogar, lo que en muchos casos supuso una experiencia cuanto menos agri dulce. Desubicados, traumatizados, demasiado acostumbrados a la adrenalina y la violencia, muchos de ellos no lograron hacerse un hueco en el sistema; la misma sociedad que habían defendido hasta la muerte ahora les daba la espalda. Y encontraron precisamente en las motos y en la libertad que les proporcionaba la carretera el estilo de vida que anhelaban. Así, poco a poco se fueron agrupando en bandas formadas por tipos duros, de estética absolutamente desaliñada, que mantenían una actitud antisistema, que se rebelaban contra las reglas establecidas de un juego que ya no era el suyo, que arremetían violentamente contra aquellos que nos les dejaban participar en él (el otro 99% de los mortales) y cuya única razón de ser residía en conducir sus grandes máquinas customizadas y trucadas (generalmente Harley-Davidson, y en todo caso marcas americanas, jamás extranjeras) y pegarse unas interminables farras en cualquier lugar.

Basta leer esta declaración de uno de estos motoristas –que recoge el escritor H. S. Thompson en su libro *Los Angeles del Infierno. Una extraña y terrible saga*– para hacernos una idea de cuál es su filosofía vital: “Somos el uno por ciento, amigo... el uno por ciento que no encaja y le da igual. Así que no me hables de facturas

del médico o de multas de tráfico”. O esta otra, del mismo libro: “La gente tendrá que aprender simplemente a quitarse del medio. Machacaremos a todo el que se interponga en nuestro camino”.

Desde un punto de vista sociológico, la principal razón de ser de estas bandas que imperan bajo el lema de “uno para todos y todos para uno”, es que sus miembros encuentran en su seno el cobijo que la sociedad les ha negado. Por ello, sus colores, el uniforme que visten en todo momento y lugar, la iconografía que portan cosida a sus cazadoras vaqueras siempre sin mangas, son de vital importancia, algo parecido a lo que ocurre con la vestimenta de los ultras de un equipo de fútbol. Llevar en la espalda el emblema del club es la prueba que ratifica esa pertenencia al grupo, a esa familia que quizá muchos jamás tuvieron o que en cualquier caso perdieron un día.

“Muchas de sus chaquetas están tan sucias que apenas se ven los colores, pero no las abandonan hasta que se caen literalmente a pedazos. El estado de las prendas originales es un símbolo de estatus”, escribe Thompson.



La cazadora de un motorista perteneciente a un club es como un lienzo en el que queda reflejada parte de su vida.

A pesar del carácter delictivo de algunos de sus actos, la figura de estos forajidos de la carretera empezó a estar acompañada por el mito y a ser vista en ciertos sectores como la de una suerte de antihéroe, cuya forma de vida simbolizaba la libertad, la contracultura, la rebeldía contra aquella beata sociedad norteamericana de posguerra. De nuevo Thompson lo explica: “Estaban muy de moda. Eran grandes, sucios y emocionantes, a diferencia de los Beatles, que eran pequeños, limpios y demasiado populares para estar de moda”.

Al hilo de este fenómeno, su *look* se fue popularizando de tal forma que eran muchos los que empezaron a vestir los colores de uno u otro club a pesar de no pertenecer a ellos ni de lejos (en algunos casos ni siquiera tenían moto). Y así, estas prendas se fueron colando en el imaginario colectivo del siglo XX. Precisamente concebidas como manifestaciones artísticas pop de una época, el escultor e historiador Jeff Decker –famoso por sus motocicletas de bronce– ha dedicado media vida a conseguir los chalecos auténticos de varias bandas y a componer su extensa colección, parte de la cual te hemos mostrado en las páginas anteriores. Las imágenes, tomadas por el célebre fotógrafo Dan Winters, forman parte del libro *Hell's Union*, una edición limitada que ha sido presentada en tres únicos volúmenes, cada uno de ellos compuesto por 13 instantáneas. “El proceso fotográfico en sí ha sido algo secundario. Lo importante era mostrar los chalecos, presentárselos a un público más amplio, ya que son prendas históricas muy relevantes”, nos comenta Winters. Y no se olvida de alabar la labor de su compañero: “Jeff ha pasado mucho tiempo investigando, muchas de las historias de esas bandas se habían perdido en el tiempo y él las ha recuperado, ya que ninguno de los clubes a los que pertenecen estos chalecos existen en la actualidad”. Algo que nos deja más tranquilos, porque no nos gustaría toparnos cara a cara con ninguno de sus miembros. ■

- PABLO ORTEGA